

# NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

TOMO XXXV NÚM. 1

## STEPHEN GILMAN

El hispanismo ha sufrido una pérdida irreparable con el fallecimiento de Stephen Gilman el 26 de noviembre de 1986. En plena y fecunda actividad hasta unas horas antes, su muerte ha causado una honda impresión de orfandad en sus amigos y discípulos. A pesar de hallarse retirado, Steve (como todos le llamaban) contribuía a diario a las tareas de la sección española del Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Harvard, donde había enseñado desde el año 1956. Estudiantes y colegas seguían contando con su consejo, experiencia y saber, siempre prodigado con generosidad, humor y modestia que eran su secreto y sello personal.

Nacido en Chicago en 1917, tuvo Stephen Gilman un temprano contacto familiar con el hispanismo que años más tarde pasó a ser vocación irrestañable en sus años estudiantiles en la Universidad de Princeton. Allí conoció al recién llegado Américo Castro, de quien pronto pasó a ser discípulo favorito dentro de la relación paterno-filial que era característica del gran maestro. Doctorado en 1943, inició su docencia en su misma *alma mater* de Princeton y después en Ohio State University. En 1951 El Colegio de México publica el primero de sus libros, *Cervantes y Avellaneda: estudio de una imitación* desde entonces una piedra angular de la crítica cervantina. Campo siempre para él favorito y objeto de múltiples desvelos, Steve pudo dar todavía los últimos toques a otro libro de estudios cervantinos sólo unas horas antes de abandonar este mundo.

El nombre de Gilman permanecerá para siempre unido al de una mayoría de edad de los hasta entonces poco avanzados estudios sobre *La Celestina*. Con *The Art of "La Celestina"* (1956), descendía sobre ésta un gran replanteo crítico. El aire renovador del *new criticism* penetraba de lleno en la erudición hispánica y el libro

constituía, el mismo tiempo, un acontecimiento independiente en todo el campo de la crítica literaria de habla inglesa. Le siguió en 1972 *The Spain of Fernando de Rojas*, otro libro complementario en un sentido muy distinto. Tras la esencia, venía ahora el contorno, pero abordado a base de una metodología inédita, hecha posible por los esquemas conceptuales de Américo Castro. Aco-gida con escándalo por la crítica neopositivista de los hispanistas ingleses e indiferencia por la historia cimentada en el materialis-mo dialéctico a la sazón imperante en España, *The Spain of Fer-nando de Rojas* permanece como hito revolucionario y desafío radi-cal para una historiografía irremediabilmente conservadora bajo diversos sucesivos disfraces. La resbaladiza frontera que comuni-ca Literatura e Historia fue para Gilman un problema teórico al que una y otra vez volvía con lúcida conciencia. Nadie conoció como él la faceta intelectual del gran tema de los conversos y la inquisición en sus primeros tiempos. Un estudio sobre el concep-to del Renacimiento en España, publicado por la revista *Folio* en 1977 cuenta entre las páginas que ningún hispanista responsable puede hoy ignorar.

Su tercer magno campo de elección fueron los estudios galdos-ianos. Su cátedra fue un centro indiscutido de los mismos, en el que se formaron varias generaciones de distinguidos especialis-tas. Nueva provincia nacida al hispanismo en esta posguerra, fue Gilman quien de un modo neto situó la investigación de Galdós sobre una aguda conciencia comparatista dentro de la gran corrien-te de la novela europea en el siglo XIX. *Fortunata y Jacinta* era para él una especie de Biblia y una de las grandes cumbres de la litera-tura en lengua española, perfilada además como un digno eco y particular homenaje a Cervantes. *Galdós and the Art of the European Novel* (1979) queda como el gran testimonio de su absoluta ma-durez.

Gilman deja una bibliografía de cerca de cien títulos que cubre aportaciones más breves, pero siempre cruciales, acerca de mul-titud de temas, géneros y autores y que cubren el *Poema del Cid*, Guevara, Lope, *Lazarillo*, Jorge Manrique, *Libro de buen amor* y poetas modernos como Jorge Guillén y Pedro Salinas que por razo-nes personales conocía muy de cerca. Comparatista de la mejor ley, realizó asimismo profundos estudios sobre temas como la nove-lística de Stendhal y Mark Twain. Demostraba en ellos hasta qué punto el hispanista puede decir ciertas lúcidas palabras en áreas donde rara vez suele ser escuchado. Porque Steve Gilman ha sido uno de esos escasos y beneméritos “pulmones” de que tan nece-sitado se halla el hispanismo. Profundamente anglosajón a la vez

que español adoptivo por su matrimonio con Teresa Guillén, ambas culturas hallaban en él uno de sus raros puntos de circulación natural. Hombre nacido para la amistad, su vida en las Letras fue decisivamente enriquecida por el trato cercano con figuras de la talla de Américo Castro, Jorge Guillén, Amado Alonso, Raimundo Lida, José Manuel Blecua, Rafael Lapesa, Augusto Centeno de un lado y nombres como Ira Wade, Gilbert Chinard, Ebo Bogerhoft, Renato Poggioli, E.R. Curtius, Harry Levin, Dante della Terza y Donald Fanger de otro.

¿Qué es lo que no fue Stephen Gilman? Ciertamente no un hombre espectacular ni buscador del foco publicitario. Por el contrario, había nacido con el secreto del "hombre esencial", que le distinguía en todo momento sin ninguna sombra de afectación. Nada *operator*, sólo deseaba hallarse al tajo del único trabajo que siempre fructifica. Su tarea nacía, dulce y disciplinada, en un círculo íntimo de discípulos y familiares unidos en amistad digna, de cuño muy hispánico. Gran amante de la naturaleza, se rejuvenecía en su bello retiro de Cape Cod y en los últimos meses su salud se resintió a causa de un accidente sufrido por ayudar a un animal. Sin ser tímido, huía infantilmente de grandilocuencias y publicidades. No había para él más ámbito posible que el hogar, el estudio y el aula, a los cuales se sentía siempre impaciente por regresar. Al retirarse de su cátedra trabajó con toda su alma para que no se le dedicara el habitual homenaje a *Festschrift* de amigos y colegas. Sólo se le pudo persuadir para que no se opusiera a la idea de un volumen de estudios reunidos por sus discípulos directos, en brillante constelación que poquísimos podrían igualar. ¿No deberían ser así todos los homenajes? El rey Juan Carlos I hubo de tomarlo medio por sorpresa para imponerle en 1985 la medalla de Bellas Artes.

Su valor como ejemplo moderno del viejo hombre de escuelas sólo pudo ser gozado en un círculo humano de privilegio. Personalmente le adeudo infinitos momentos de sabia discusión e intercambio crítico equivalentes a una modalidad de tarea colaboradora. Steve se ha llevado consigo todo un mundo de ideas en plena floración y en especial puedo dar fe de un gran libro sobre el teatro de Lope que en él se iba perfilando día a día, tema favorito e infinitamente grato de nuestras últimas conversaciones. Su obra crítica, que muy a menudo tomó a esta Revista por su plataforma, queda probablemente como el máximo monumento de un hispanista norteamericano de este siglo. Labor depuradísima, a la vez dentro de la más pura tradición filológica y a la cabeza de corrientes hondamente renovadoras, será siempre vista como una

bella y fecunda construcción del ideal humanista que era para él una especie de callada fe religiosa. Obra que nunca cejó en el más alto nivel de autoexigencia y que es por ello un modelo en lo intelectual lo mismo que en lo humano. Modelo, pero también una mina con filones apenas explorados y que a su tiempo irán siendo descubiertos por las generaciones jóvenes. Stephen Gilman, a menudo incomprendido, representa un claro caso de avance y desarrollo más allá de los horizontes de su época. Acaba de dejarnos la especial clase de *scholar* que en todas las letras hispánicas pisaba, como bravo Adelantado, las playas del siglo XXI.

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

Harvard University